tanta juventud, quedan inmediatamente destinadas para albergue de enfermos, así como para convalecientes las salas de estudio, y el jardín para solaz de los mismos, todo á disposición de Igualada. Poco importa que los escolares tengan que ausentarse de su propia casa: poco importa que para alivio del colérico igualadino deban marchar por más de dos meses, y vivir en despoblado, y en edificio sin concluir aún: poco importa que los Rdos. Padres Capuchinos se vean precisados con la *cesión*, á mil idas y venidas del Convento á la Puda de Francolí, y de la Puda al Convento. ¿Se trata de salvar á Igualada? Esto, pues, basta para el Capuchino.

Se instala el lazareto á cargo de los Rdos. Padres el día 20 de Agosto, y se levanta el día 8 de Octubre, llegando á 33 los enfermos, (15 hombres y 18 mujeres) teniendo de esta totalidad solamente 10 defunciones; y decimos *solamente*, porque al llegar los pacientes al lazareto, en general eran ya desahuciados y sin esperanza de vida, víctimas de dos cóleras, como dijo muy bien y gráficamente el orador de la fiesta de San Bartolomé, á saber, del *asiático* y del de la *miseria*.

Los enfermos, que llegaron á ser veinte á la vez, contaron únicamente con dos enfermeros de día, hombre y mujer, con la particularidad de que el primero tenía aún de servir de andarín á la ciudad por cuanto se necesitaba; viniendo á resultar casi *una sola enfermera*, como sola funcionaba durante la noche; eso sí, mereciendo todos los plácemes del convento por su actividad y celo sin igual en el servicio.

Así pues, el gran peso del nuevo hospital ¿quién lo llevaba? El Fraile capuchino.

¿Quien era el timonero de esa nave de dolientes? El Fraile capuchino.

Á cargo del Fraile capuchino venía la cocina para caldos como para alimentos, el auxilio culinar para el de estado grave, como para el de convalecientes. De día y de noche servían al colérico, mientras otros operaban en la farmacia componiendo los preparados para tantos albergados que sufrían. El cuidado era tan grande, la puntualidad tan extraordinaria, el caldo tan exquisito, los alimentos tan bien condimentados, las medicinas tan exactas en el horario; la limpieza, el aseo tan perfecto; el amor y cariño tan embelesador, que los pobres de convalecencia decían: «¡Esta es nuestra santa casa!» «¡Jamás nos moveríamos de ella!!» «¡Dios se lo pague á nuestros protectores!!!»

El Capuchino ha sido el *posadero* gratuito de los desvalidos.

El Capuchino ha sido el *farmacéutico* en tantos apuros.

El Capuchino ha sido el *enfermero perenne* en estas circunstancias.

El Capuchino ha sido el *cocinero* para tantos infortunados.

El Capuchino ha sido el *capellán* administrando los Sacramentos y prestando los demás auxilios espirituales.

El Capuchino ha sido el *sepulturero* amortajando los cadáveres!!!

¿Qué paga quiere el Capuchino? Una sola... hacer bien á la Ciudad.

Digna de loa es la conducta del Capuchino ante el cólera en Igualada.—(Del *Semanario de Igualada.)*

RELIGIOSOS CARMELITAS DESCALZOS.

Los Religiosos Carmelitas al igual que las otras Órdenes, apenas se presentó el cólera en las poblaciones en que radican sus casas, se ofrecieron todos á las autoridades y singularmente á las eclesiásticas para que dispusieran de todo el personal de sus conventos para asistir á los epidemiados.

Los del Desierto de las Palmas lo verificaron con las autoridades de Castellón de la Plana, y aceptados sus servicios salieron inmediatamente seis Padres, distribuyéndose en varios pueblos y en el de Benicasim falleció víctima del cólera y mártir de la caridad el Rdo. P. Gerardo del Corazón de Jesús, uno de los

Padres que con singular celo asistieron á los epidemiados, contando unos 56 años de edad. *(Boletín de Tortosa* del 2 de Agosto).

De varios periódicos:

De *El Imparcial:*

«El Prior de la comunidad de Carmelitas del Desierto de las Palmas ha ofrecido los servicios de aquellos Religiosos al alcalde de Castellón para asistir á los enfermos.

»Con este motivo se recuerda que durante el cólera de 1835 los Padres del Desierto hicieron tanto bien á Castellón, que esta circunstancia influyó para que no fuera cerrado el convento.»

Habiéndose presentado el cólera en Martinamor, ha salido de Alba de Tormes para dicho punto un fraile Carmelita, á fin de prestar su asistencia espiritual á los enfermos de la epidemia, entre los que, según parece, se halla el Párroco.

Nos escriben de Burgos que parte de los Rdos. Padres Carmelitas establecidos en aquella ciudad, han salido en auxilio de algunas poblaciones infestadas de la provincia, á fin de asistir á los enfermos y ayudar á los Párrocos en la cura de almas.—(Del *Intransigente.)*

Corella 28 *de Setiembre de* 1885.

Sr. Director de *El Intransigente:* Muy señor mío y querido correligionario: Hacer á usted fiel relato de lo sucedido en esta comarca en los meses de Agosto y Setiembre, sería condenar á los lectores del periódico á una larguísima jeremiada, y hoy que en la humilde ermita como en la suntuosa catedral, resuenan alabanzas al Eterno y gracias al Todopoderoso por haber hecho cesar el terrible azote del cólera, que tanto y tanto luto ha sembrado en la patria de María, y especialmente en las riberas del Ebro, no debemos recordar tan aciagos días, más que para mostrar gratitud á aquellos de nuestros conciudadanos que con su abnegación y caridad cristiana, han hecho frente al enemigo del Ganges.

Algunos de estos héroes han sucumbido en la lucha víctimas de su ardiente caridad figurando entre ellos y en primera línea, el celosísimo carmelita descalzo *R. P. Fr. Timoteo de la Santísima Trinidad* cuyo amor á sus semejantes y celo por la salvación de las almas era inconmensurable.

El cuerpo facultativo y Clero corellano se han colocado á la altura de los héroes, y á pesar de todo, 165 víctimas cuenta Corella de sus 6.000 habitantes.

Mande V. á su afectísimo S. S.—*G.*

MISIONEROS HIJOS DEL INMACULADO CORAZÓN DE MARÍA.

Los Padres han asistido en todas partes donde radican sus Casas á los epidemiados, prestándoles toda suerte de auxilios materiales y espirituales.

Víctimas de su celo y ardiente caridad han fallecido dos Padres, siendo llo-

rados por todos, que vieron los esfuerzos que en pro de sus semejantes llevaron á cabo.

Rdo. P. D. Antonio Alonso y Prieto, natural de Filiel, diócesis de León, de edad 55 años y 18 de religión, falleció en Alfaro, diócesis de Tarazona, á últimos de Agosto de 1885.
Rdo. P. D. Pedro Urrea y Alegría, natural de Murieta, diócesis de Pamplona, provincia de Navarra de edad 38 años y 4 de religión, falleció en Berriosuso (Navarra) el día 19 de Setiembre de 1885.

El Padre Urrea. —Escriben de Pamplona al Rdo. P. Subdirector general de los Misioneros del Corazón de María, con fecha 27 de Setiembre, lo siguiente:

«Muy amado Padre: Voy á comunicar á V. R. algunas noticias sobre los solemnes funerales que se han hecho en ésta en sufragio del alma del Padre Urrea, que, como ya sabe, falleció el 19 del corriente, víctima de su caridad en asistir á los coléricos de Berriosuso. (Q. E. P. D.)

»El M. I. Sr. Vicario general, gobernador eclesiástico, quiso se hiciesen esquelas de defunción é invitación á los mismos, figurando él á la cabeza de los interesados; pues, en verdad, ha sentido muchísimo la muerte de ese Padre; y se ofreció también á costear todos los gastos que ocurriesen en los funerales. Accediendo, pues, á sus deseos, se hizo así, invitando á todo el Clero secular y regular, señor gobernador civil, ayuntamiento y otras muchas personas de distinción; y de tal manera correspondieron todos á la invitación, que todo lo más visible de Pamplona, incluso los señores gobernadores civil y eclesiástico, canónigos, etc., etc., estuvieron en nuestra modesta capilla ó iglesia, asociándose así al justo dolor de la Comunidad.

»Ha causado tanta impresión en la ciudad, y en general en Navarra, el fallecimiento del Padre Urrea, por las circunstancias en que ha sucedido, que él por sí solo hubiera bastado para conquistarnos el aprecio de todos, si por otra parte no lo tuviéramos ya ganado, como así sucede, gracias al Señor y á nuestra Santísima Madre.

»Como prueba de ello, remito á V. R. adjunta una carta, inserta en el número de ayer del periódico titulado *El Eco de Navarra*, y que sin duda debe estar escrita por el cura párroco de Lerín, uno de los pueblos en que estuvo asistiendo á los coléricos el difunto Padre de que hablamos.

»Sin otra cosa por hoy, con los saludos de todos, reciba el de su af.° S. S. Q. B. S. M., *Baldomero Aldaz, C. M. F.*»

«Un recuerdo de gratitud.—¿Por qué, muerte cruel, arrebataste en tan temprana »edad la preciosa vida de mi queridísimo amigo? ¿Por qué has llenado de luto á la ilus»tre Congregación del Inmaculado Corazón de María, robándole uno de sus más virtuo»sos miembros? ¿Por qué no has respetado la bondad de su carácter, su ardiente cari»dad, su infatigable celo, su fervorosa vida, su humildad profunda y su hermosa alma? »¿Que has conseguido con tu acción homicida? Nos has privado de su presencia y de su »ejemplo edificante. Le has borrado del número de los mortales, para inscribirlo entre »los comprehensores; le has alejado de los trabajos á que voluntariamente se había »consagrado, para introducirle en la mansión de la paz y del descanso; le has desterrado »de la tierra para empadronarle en el cielo.

»Sí; en el cielo está tu alma, amigo mío. Me lo dice el corazón, que de veras te amaba, »porque no podía menos de amarte. Permite, sin embargo, que mis ojos derramen una »lágrima sobre tu humilde tumba, que exhala aroma de virtud, mientras mis labios »pronuncian aquellas palabras del coronado Profeta: «Preciosa es en la presencia del »Señor la muerte de sus santos.» La lápida de tu sepulcro debe tener este epitafio: «Mu»rió víctima del amor á sus hermanos.» La mejor prueba del amor es dar la vida por los »amigos: Jesucristo lo ha dicho. Tú la has dado generosamente por los desconocidos. »Los méritos, contraídos en Lerín y Andosilla cerca de los coléricos, han dado su fruto »y encontrado su premio en Berriosuso, desde donde tu alma, purgada de sus imperfec-

»ciones por el sacrificio de tu vida, voló á la gloria. Verdadero mártir del amor á tus se»mejantes, yo te contemplo en el cielo disfrutando de las dulzuras que Dios reserva á »los elegidos. Bien lo has merecido con tu relevante conducta.

»Presenten los modernos filántropos ejemplos de esa naturaleza; ostenten los filóso»fos y políticos del día caracteres de esta índole; enumeren esos titulados amantes del »pueblo tipos de este género. Yo les reto á que lo hagan; y cuando los presenten, los »alabaremos. Pero no; la moderna civilización, atea, materialista y grosera, nos presen»tará los héroes de su falsa caridad (filantropía la llaman) y de humanitarios sentimien»tos en los salones de baile, en las butacas de los teatros, en los palcos de las plazas de »toros, en los circos, en los hipódromos y en los lugares destinados al divertimiento y á »la expansión, no siempre santa y laudable.

»No busquéis, no, á esos hombres del humanitarismo en la morada del pobre, junto »al lecho del moribundo, en la alcoba del colérico, y en la insana atmósfera de un hos»pital ó de una cárcel; porque su exquisita y refinada sensibilidad no puede soportar »tales pruebas. Esto sólo es propio de la ignorancia y del fanatismo, del Clero secular y »regular, de las Hermanas de la Caridad; en una palabra, de la Iglesia católica, á la que »esos hombres sensuales persiguen sin tregua ni descanso, como si fuera la mayor de »las calamidades. ¿Hasta cuándo ha de durar tanta farsa y mentira tanta como hoy se »vende, bajo el especioso título de perfección y de progreso? ¿Cuándo se llegará á com»prender que la Iglesia católica, y sólo ella, es la verdadera Madre de los pueblos, ó sea »de las clases desheredadas, como ahora se dice? ¿Dónde han estado, durante la esta»ción colérica, esos sempiternos habladores de Parlamento, que *ad laudes et per horas*, »tienen en sus labios el pueblo, sus derechos, su libertad, su soberanía y demás zaran»dajas de este jaez? ¿Los divisáis, acaso, para que me digáis dónde están? Yo no los veo »por más que miro. Desaparecieron á los primeros síntomas del mal, más ó menos lejos, »según el valor de sus bolsillos; pero todos se acogieron al lugar seguro. Después que »todo termine, volverán ufanos á sus hogares, ocuparán las veladas del invierno con la »narración de sus episodios alegres de viaje por el extranjero, y lanzarán á la publici»dad en las Cortes ó en la prensa utópicas lucubraciones, que á nada conducen y para »nada sirven, si no es para fomentar su soberbia, engrosar el número de sus aduladores »y redondear su posición. ¡Y estos se apellidan regeneradores de los pueblos!...

»La vida de amor verdadero y de verdadero sacrificio sólo se alberga en los corazones »cristianos. El hombre descreído, indiferente, despreocupado y libre pensador, no en»tiende nada de esto. Es demasiado manjar para su débil estómago. Su objetivo es la »utilidad, su móvil el egoísmo, su sueño dorado gozar y más gozar. ¡Miserables! ¡Qué »pequeños sois, en medio de vuestra aparente grandeza, al lado de mi humilde y oscuro »amigo! Quizás os reísteis al verle pasar junto á vosotros, cuando marchaba á cumplir »la misión en la que ha encontrado su gloriosa muerte! Tal vez le mirariais con aire »desdeñoso y despreciativo, al verle caminar apresurado, impulsado por la obediencia »y agitado por la caridad. Sin embargo, aquel humilde sacerdote, que pasó junto á vos»otros pocos días ha, era entonces un justo y hoy es un santo; era un hombre de hermo»so y noble corazón, y hoy es un mártir del amor; era un pobre religioso y hoy es un »rico bienaventurado. Ya que no le imitéis, respetad al menos su memoria; ya que no le »sigáis, admiradle. Escrito está su nombre en el libro de la vida; su memoria será eter»na; sus manos empuñan la palma de la victoria; sus sienes están ceñidas con la coro»na de la inmortalidad. Es el premio que Dios regala, generoso, á los que pasaron por »el mundo, á semejanza de su Hijo, haciendo bien, como lo hizo hasta sus últimos mo»mentos el sencillo, humilde, fervoroso y caritativo P. Urrea.—*F. Y.*

HERMANOS DE SAN JUAN DE DIOS.

Examinado el cúmulo de noticias que nos han llegado de los hechos heroicos realizados en casi toda España por los humildes Hijos de San Juan de Dios, no